

La preguntona

Por Bruna Guedes

Ahí está ella, una niña de apenas ocho meses que comenzó a balbucear sonidos. Su madre le repetía ‘mamá’ incansablemente, con la esperanza de que esa fuera su primera palabra. Pero un día, para sorpresa de todos, la niña dejó escapar un ‘¿por qué?’, como si desde el principio hubiera nacido para entender el mundo.

Con el paso del tiempo, la niña desarrolló una fascinación por las preguntas, utilizándolas como su manera de explorar todo lo que la rodeaba. ¿Cómo se forman los arcoíris? ¿Por qué rompen las olas? ¿Qué hace que las personas estornuden? Preguntas que no pedían respuestas simples, sino que invitaban al asombro. Su madre, por ejemplo, no compartía ese entusiasmo. Se agotaba de la interminable curiosidad de su hija, o tal vez se irritaba con su propia incapacidad para responder. En ese abismo de no saber, la niña no dejaba de preguntar.

Los adultos, entre sonrisas, comentaban sobre la creatividad de la niña para hacer preguntas. Decían que ella los hacía pensar, como si su curiosidad despertara en ellos algo olvidado. La niña que empezó a hablar antes de aprender a caminar era llamada un genio para su edad. Pero ella no estaba de acuerdo con esa afirmación, les respondía que era solo muy observadora y preguntona. Y quizás, al final, su verdadera genialidad residía en su inquietud por preguntar, incluso cuando no hallaba respuestas.

Luego la niña empezó a leer, devorando textos en la escuela, aunque fueran demasiado avanzados para sus compañeros. Las maestras la elogiaban, destacándola como un ejemplo a seguir, pero ella notaba las miradas de irritación de sus compañeros. Cada reconocimiento de los adultos parecía alejarla más de los niños, hasta que se encontró atrapada en un lugar donde era admirada, pero también rechazada.

Poco a poco, la niña comenzó a notar que pasaba mucho tiempo sola y luego se dio cuenta de que ya que no tenía amigos en la escuela. Aunque al principio extrañó, no tardó en refugiarse en los libros, que siempre estaban ahí, esperándola, listos para darle respuestas a sus dudas más profundas. Cada página era un abrazo silencioso que la hacía sentir menos incomprendida. Sin embargo, mientras los libros llenaban su mundo interior, ella empezó a hablar menos, guardándose sus preguntas, como si el resto del mundo ya no tuviera espacio para ellas.

Fue así como aprendió a depender solo de sí misma, buscando respuestas en otros lugares, hasta que el tiempo frente a la pantalla del computador se volvió su nueva rutina. Desde niña, escuchaba cómo todos decían que algún día la verían frente a las cámaras de televisión por su desenvoltura al conversar. Pero dejó atrás esas expectativas ajenas y eligió una profesión discreta: la ingeniería de software. En el código no había presiones ni miradas, solo lógica y respuestas claras. Ahora, pasa sus días frente a la pantalla de un computador, lejos de las voces humanas que alguna vez la alabaron.